

gion, conmovida como la nave por recias tempestades, conoce que en la libertad está su triunfo, y trabaja con celo y redobla sus esfuerzos hasta conseguirla. Cuando ella salió de un vergonzoso pupilaje, cuando pudo gritar con libertad reclamando sus derechos ultrajados, su majestad vilipendiada, su jurisdicción desconocida, entónces se la vió llena de vida, entrar á obrar con la conciencia de su propia dignidad. Los frutos siguieron al triunfo, como que eran su resultado natural; la Religión jamas combate en vano, ni entra á medir sus fuerzas con sus enemigos, sino cuando median intereses preciosos que no puede abandonar sin hacerse criminal. Estos intereses son los de la fe, nobles y preciosos para quien conoce su valor infinito.

La libertad de enseñanza, ó, hablando con mas propiedad, la cesación del monopolio universitario, ved ahí el primer triunfo de esa Iglesia libre y que combate. La universidad de Francia ni enseñando, ni practicando religión alguna y dirigiendo á la vez la instrucción científica de la juventud, formaba una generación sin fe y en esta la base de los males políticos que sufrirá la Francia todo el tiempo que duren aun los efectos de aquel mal. « Esta es la fuente, exclamaba un político, donde las generaciones venideras beberán el veneno que seca hasta su raíz la disposición natural que existe en el hombre para servir y adorar á Dios. » ¡ Con cuánta energía combatió la Iglesia aquel monopolio, verdadero abuso, usurpación monstruosa del derecho que tiene cada ciudadano para buscar su instrucción donde encuentre las simpatías de su conciencia y de su fe! Oigamos á uno de los obispos y apreciemos su voz enérgica como el sentimiento de todo el episcopado francés: « Parece increíble que despues de tantas demostraciones actuales, flagrantes é incomparables por su fuerza y su evidencia del espíritu anticristiano y anticatólico que inspira la universidad á sus alumnos, se vean forzados millones de padres católicos á conducir sus hijos á esta fuente donde sacarán doctrinas

directamente contrarias á su fe. No temo decir que esta prueba, aunque exenta de las violencias exteriores de la persecución declarada, es la mas peligrosa y la mas terrible á que fueron sometidos jamas los miembros de la verdadera Iglesia (1). » Voces tan elocuentes y tan celosas tenían eco en toda la nación, la universidad perdió su injusto monopolio, y esta vindicación de un derecho consignado, aunque ilusoriamente, en la constitución del Estado, fué el primer fruto del triunfo de la fe. Comparad lo que sucedía en la calle de las Bellas Artes de París en 1830, cuando la voz imponente de un comisario de policía ordenaba retirarse á los alumnos de un colegio abierto por tres jóvenes de inmenso porvenir invocando las garantías constitucionales (N); comparad lo que pasaba entónces mismo cuando estos jóvenes eran condenados como trasgresores de la ley, con lo que pasa hoy cuando los colegios de los obispos y de los Jesuitas, de los Benedictinos y Oratorianos no pueden recibir todos los alumnos que con ocurren. Ese mismo Lacordaire, que era entónces arrastrado á juicio con Montalembert y de Caux, cuenta hoy mas de mil alumnos en sus grandes colegios de Oullins y de Brèze, dirigidos por individuos de una órden fundada por él mismo.

Ni triunfó ménos la libertad de asociación: digan lo que quieran los enemigos del monacato, los derechos del hombre ni son ménos sagrados, ni están ménos garantidos cuando el ciudadano se asocia para llenar deberes religiosos, que cuando se reúne para discutir cuestiones de política, ó para impulsar negocios de especulación. La libertad bien entendida consagra en todas partes la asociación de los corazones, y de las conciencias para la oración, para el ejercicio de la caridad y demas virtudes; y de esta libertad depende principalmente el progreso social. Algunos de los liberales de nuestro siglo no lo entendieron así: reclamaron la libertad para organizar sus sociedades políticas, la reclamaron aun para que no se

(1) *Lettre publique du 22 mai 1843.* (M^{sr} de Chartres.)

el que con la elocuencia que le caracteriza : « Miétras que una sola alma justa, habia dicho, quede que pueda abrir sus labios sin temor, estará inquieto el despotismo, y se agitará sospechando que la eternidad conspira contra él (1). »

Mas quedan aun enemigos á la fe, y trabajan por ganarle el terreno que se conquistó. Dia por dia vemos aparecer tantas producciones inmorales, impías, calumniosas y calculadas para causar mal, no al que con juicio claro y entendimiento instruido llame los principios y los hechos que allí se eitan, ante el tribunal de la historia y de la sana filosofia, no para el que con calma echa mano del conocimiento del hombre que dan la experiencia y la instruccion, y no mil veces para el que poseido radicalmente de los dogmas y deberes del cristiano encuentra en su conciencia viva y radiante la antorcha que le señala los vicios de que adolecen aquellas producciones miserables. Son las armas que hieren solo á los incautos que encuentran halagadas sus pasiones, servidos sus intereses y espedito para ellos un porvenir semejante á los soñados *Elyseos* que abrian los paganos para las almas de sus justos. Nada de discusion, nada de controversia científica, nada de deducciones filosóficas encontraréis en ellas; la ciencia tenebrosa, el ateísmo inmoral, la filosofia de los sentidos personificados en folletines y en historietas como las de Dumas y de Sue, que entretienen á personas inexpertas y pervierten á individuos sin cautela, ved las armas mas indignas y ménos nobles que puede manejar un campeón valiente para defender sus opiniones y combatir las ajenas. Pero no hay que admirarse; preguntad : ¿ Dónde están sus autores? Preguntadlo en Paris mismo, donde todos ellos moran. La respuesta nada os dirá que les sea favorable ni propio para inspirar confianza al que lee sus producciones.

(1) Oracion fúnebre de O'Connell. (Lacordaire.)



CAPÍTULO XXVI.

Los efectos de la reaccion católica de Francia son de consecuencia universal. — Propagacion de la fe. — Los Jesuitas en las colonias francesas. — Sus misiones del Maduré, Madagascar y la gran China. — Los Lazaristas de Pekin. — Colegio de las Misiones extranjeras. — Mision de los Dominicos en África. — Misiones de las islas de la Oceania. — Número que asombra. — Los Hermanos de las escuelas cristianas. — Las mujeres asociadas á esta gran mision. — ¿Cómo la desempeñan? — Memorias de una monja. — ¿Qué puede responderse al argumento que arrojan todos estos hechos? — Conclusion.

Los efectos de una gran victoria obtenida por las armas ó por la diplomacia son ordinariamente cambiar el curso de la política de los gobiernos, ó trastornar la situacion de los Estados. Los triunfos de la fe son de otra naturaleza : victorias pacíficas no trastornan sino los corazones para purificarlos, ni cambian sus sentimientos mas que para enderezarlos; realizan trasformaciones, pero en el interior del hombre, allá donde las leyes no imperan, ni las armas intimidan, ni la política puede influir en el mas ligero de los movimientos. Esta victoria la mas decisiva y noble que puede alcanzarse sobre el individuo, realizada en el corazon de la Francia, extiende su influjo y opera cambios admirables en todos los países y bajo todos los climas de la tierra. Para conocerlo, no necesitamos meditar mucho, ni fatigarnos para encontrar las obras que realizan y que todos admiran con entusiasmo : contemplemos esa empresa eminentemente católica de la Propagacion de la fe, recorramos esas misiones en que el clero de Francia, derramado sobre toda la tierra, ofrece á

les inquietase en el desarrollo de sus planes, abiertamente contrarios á las instituciones de órden; mas cuando hubieron llegado al poder, objeto verdadero de sus planes, contradiciendo todos sus antiguos principios y condenando con hechos lo que habian sostenido de palabra, prohibieron las asociaciones pacíficas, en cuyo seno mil ciudadanos reunidos, discutian empresas de utilidad general y de interes moral. Estas contradicciones flagrantes las ha presenciado todo el mundo, en los países donde llegó la anarquía á ser gobierno; y no nos tomaremos por eso el trabajo de puntualizar los lugares ni los hechos. Quien quiera leer su larga y molesta cronología, registre la historia de Francia, de España, del Piamonte, de Suiza y de la Nueva Granada, y la encontrará tan monstruosa como es el despotismo, y tan repugnante como fué siempre la arbitrariedad. Pero en Francia no tardó la Iglesia en conquistar para sus fieles el derecho de asociacion, del mismo modo que ganó el de libertad para enseñar. Mirad el fruto de su tarea que colma la medida y aventaja las esperanzas mas lisonjeras; mirad cómo desde las grandes capitales de provincia hasta los pueblos mas pequeños de la campaña, todas las ciudades y todas las villas tienen sus asociaciones de caridad, sus cofradías devotas, sus congregaciones, y los fieles se reúnen para tratar sus verdaderos intereses, con la misma libertad que los pretendidos liberales salieron un dia de sus asambleas para disolverlas, corriendo á puñaladas á los asociados en Paris, Nancy, Ruan y en otros puntos de la Francia. Ardua tarea se propondría quien emprendiese numerar todas las congregaciones que existen en Francia, instituidas por la caridad, sostenidas por la fe y movidas por esa voluntad noble y generosa que produce en el hombre el deseo de llenar su mision mas sagrada sobre la tierra: la de hacer bien (1). La infancia, la adolescencia, la juventud,

(1) Quien desee saber el número y objeto de estas asociaciones, consulte la obra *Manuel des œuvres et institutions de charité de Paris*.

la ancianidad y la decrepita vejez que sufren los achaques que les son especiales, son el objeto de esas asociaciones grandes y pequeñas, y en las que un número increíble de afiliados, no se propone otro interes ni otro provecho que hacer bien. Los efectos que producen sobre las clases menesterosas todas estas instituciones son su mejor y mas estimable garantía.

Pero los triunfos de la Religion, como victorias de la verdad que nunca permanece oculta, porque su centro es lo visible y su elemento la luz, debian ostentarse en todos los rangos del poder social de Francia; y la fuerza que adquirió la fe con la libertad que se conquistó, sentirse en los bancos mismos de las asambleas elegidas por los que ménos garantías parecian darle. ¡Un monje aclamado miembro de la Constituyente por los republicanos de Paris! ved ahí una prueba del terreno que la Religion habia ganado ya en 1848. Este mismo monje habia dicho á la inmensa multitud que oía sus conferencias en Nuestra Señora de Paris: « En el siglo diez y ocho se atacó á la Religion con la risa y el menosprecio. La risa pasó de los filósofos á los cortesanos y de las academias á los salones; no se detuvo en estos, sino que, avanzando siempre, llegó á tocar las escalas del trono; apareció sobre los labios del sacerdote, y tomó asiento en el santuario del lugar doméstico entre la madre y sus hijos. ¿Y de qué se reían todos estos? ¿de qué se reían? ¡gran Dios! ¡de Jesucristo y del Evangelio!... Pero la Francia traicionaba entónces su historia eminentemente cristiana (1). » Esta era una verdad: ese mismo monje que habria sido burlado con risas picantes y corrido por una chusma impía en el siglo diez y ocho, era proclamado á la mitad del diez y nueve representante por ese mismo pueblo; y vestido de su hábito humilde tomaba asiento entre los diputados á la Constituyente. ¿Y quién era tan digno de llenar esta mision como

(1) *Conférences*. (Lacordaire.)